

José de la Luz Sáenz: Precursor de la literatura del Movimiento Chicano

JESÚS ROSALES

*La plática del día de hoy recayó sobre un cuadro que vimos.
Uno de nuestros valientes hermanos de raza, Luis Rodríguez,
de Losoya, Texas, y un súbdito del Káiser quedaron trabados
a la bayoneta. Si esta no es la mejor prueba para llenarnos
de orgullo legítimo [...] a los de estirpe mexicana, no
sabemos cual otra mejor pueda ser.*

José de la Luz Sáenz (sábado 14 de septiembre de 1918;
Los México-americanos en la gran guerra)

1. APROXIMACIÓN A LA OBRA DE JOSÉ DE LA LUZ SÁENZ

En un intento por recuperar y reconstruir una historia literaria, los estudiosos de la literatura chicana han examinado con interés obras poco conocidas escritas en los siglos diecinueve y veinte por México-americanos en los Estados Unidos. Este tipo de esfuerzo es meritorio porque no sólo fortalece la historia literaria chicana, sino también honra las contribuciones que han hecho los escritores chicanos al caudal y a la diversidad de la literatura nacional. Al plantear otra “presencia” en el canon literario estadounidense, esta literatura encarna vida, un logro significativo ya que por años su existencia ha sido abandonada por el incontrolable y temido paso del tiempo y por aquellos poderosos obstinados en negarla.

La obra de José de la Luz Sáenz representa una respuesta directa en contra del proceso de abandono y descentralización de los antepasados literarios chicanos. Además, su narrativa manifiesta un esfuerzo por recuperar una historia, la suya, que

Jesús Rosales is Professor at Arizona State University in Phoenix.

simbólicamente representa la historia de todo México-americano en este país. En términos sociales, la obra de Sáenz es importante porque permite estudiarla bajo los parámetros de una literatura de resistencia en contra de la literatura nacional. Bajo una nueva subjetividad literaria el chicano ejerce una voz propia y autónoma que expresa sus propios discursos culturales, diferentes a los ya establecidos por el canon literario existente. Esta voz representa un fuerte desafío a las normas literarias ya establecidas con el fin de reafirmar la presencia chicana en la historia literaria del país. Por lo tanto, la necesidad de examinar textos olvidados o “desaparecidos” es imperativa porque por medio de este esfuerzo se logran importantes recuperaciones culturales.

Dos obras son conocidas de Sáenz, *Los México-americanos en la gran guerra (y su contingente en pró de la democracia, la humanidad y la justicia): Mi diario particular*, publicada en 1933, en San Antonio, Texas; y una autobiografía inédita, “Yo ‘Omnia mea mecum porto’” con fecha de 1944.¹ El presente trabajo estudia estos dos textos para analizar una obra que contiene elementos culturales que apoyan los vectores y los parámetros que determinan la identificación de una literatura específica chicana. A la vez, se estudian estos elementos para demostrar que Sáenz es un precursor de los escritores comprometidos con las causas sociales del movimiento chicano. Aunque la palabra precursor se usa con cierta libertad (siempre existe la posibilidad de que existan precursores aún no descubiertos) la palabra se aplica a este escritor porque resume un número sustancioso de las características fundamentales atribuidas a la literatura social de los años sesenta y primeros años de los setenta. Entre las características más sobresalientes se incluye la protesta o crítica social; la tendencia en confirmar un determinado nacionalismo cultural del cual la recuperación de la historia y de la identidad son temas esenciales (especialmente la recuperación de la historia mexicana y chicana y la valorización de la parte indígena y mestiza de la identidad chicana); la tendencia didáctica, que estimula una movilización individual y colectiva; y el uso de múltiples códigos lingüísticos para expresar esta literatura (en este caso el uso del español en la obra de Sáenz).²

2. CONTEXTO SOCIAL DE SÁENZ

Durante las primeras décadas del siglo veinte existe en la clase media mexicanoamericana (clasificada por Mario García como la “Mexican American Generation”)³ un esfuerzo por participar activamente dentro del espacio de la cultura dominante. Para penetrar en este mundo privilegiado esta generación intenta romper con el aislamiento económico, político y cultural que anteriormente había truncado el progreso de los México-americanos en la sociedad estadounidense. Su esfuerzo por

incorporar una esencia netamente americana conduce al México-americano a penetrar el “mainstream” social de este país. En otras palabras, el México-americano se desvía parcialmente de su ostensible mexicanidad para lanzarse hacia un desesperado camino a la “americanización.” Comenta García de este ambicioso esfuerzo:

The Mexican American Generation sought to advance from their past and to see themselves as permanent citizens of the United States with all the rights and privileges of American citizenship. They sought to synthesize their experience based on their relationship to their Mexican roots, their Mexican-American reality, and their search for an American future (1989: 25).

[La generación México-americana decidió emerger de su pasado y verse como ciudadanos permanentes de los Estados Unidos con todos los derechos y los privilegios de la ciudadanía americana. Buscó sintetizar su experiencia basada a la relación con sus raíces mexicanas, su realidad México-americana y su búsqueda por un futuro americano.] (Traducción del autor.)

Esta generación de México-americanos está convencida que no puede funcionar eficazmente dentro de la sociedad mientras se le vea como una minoría étnica marginada asociada con una de cultura inmigrante. Para romper con el estigma de enajenación social intenta “americanizarse” con el fin de luchar dentro del sistema en el poder y no fuera de él. Numerosas organizaciones México-americanas se forman en los Estados Unidos para avanzar hacia esta meta; de todas, ninguna resultó más dinámica y apasionada que la League of United Latin American Citizens (LULAC), fundada en 1929 en Corpus Christi, Texas.

José de la Luz Sáenz representa los ideales de la generación de México-americanos que cree en la integración social por medio de la “americanización” de su grupo. Sáenz participa activamente en la política de LULAC (fue presidente de uno de los concilios de esta organización en McAllen, Texas, a principios de la década de los años treinta) donde la mayor parte de sus esfuerzos los concentra en promover la educación de su gente y de aclarar las metas ideológicas de la organización,⁴ como se ve en un artículo que escribe en 1934 para el noticiero mensual, el *LULAC NEWS* (“Fines y objetivos de la LULAC”).⁵ Este artículo es importante porque en él, Sáenz comparte algunas de las ambivalencias culturales características de esta organización. Por una parte cree que el México-americano debe cumplir con sus responsabilidades cívicas y participar activamente dentro del sistema angloamericano. Para lograrlo, siente que el México-americano debe educarse y reconocer que el idioma inglés es un elemento necesario para ser efectivo dentro de este espacio cultural. Por consiguiente, Sáenz está de acuerdo en incorporar el inglés como el idioma oficial de LULAC, “por

ser la lengua de nuestro país” (28), dice con aparente patriotismo. Sin embargo, es rápido en aclarar que sus palabras no deben malinterpretarse:

Cualesquiera interpretación que se le dé a este principio con la intención de hacerlo aparecer como que intentamos que se olvide el español o que se evite el aprendizaje de cualesquiera otro idioma es erróneo y contrario a nuestros ideales. (28)

Por otra parte, aunque la intención es la de luchar dentro del sistema en poder, para lograr el esperado progreso de su *raza* (y así disfrutar de una verdadera libertad y justicia), no cree que sea necesario sacrificar su cultura mexicana para conseguirlo. Agrega Sáenz:

Para los ciudadanos americanos de origen mexicano, tanto mejor cuanto más pronto aprendamos a definirnos, a aprender y sentir cuál es nuestra verdadera posición política. (...) Por nada nos avergozaremos (sic) de sostener siempre un culto, respetuoso y sincero por nuestro origen racial, sin necesidad de ser dominados por el estancamiento de la influencia tradicional (29).

Este breve artículo nos presenta algunas de las ambivalencias representativas de su propia obra narrativa ya que oscilan entre un externo patriotismo por su país y una interna necesidad por mantener vivas sus raíces mexicanas. En un aspecto práctico, Sáenz hace hincapié en la importancia del México-americano en penetrar al mundo anglosajón y de usar el inglés como parte de su integración nacional, a la vez que aboga por el mantenimiento de su cultura (simbólicamente sus dos obras autobiográficas están escritas en español). Parece que existen dos mundos para esta generación México-americana que Sáenz encarna: el externo (el público en general), el que anuncia abiertamente su intención por acomodarse dentro del “mainstream” estadounidense; y el interno (el privado), el que alberga profundas heridas culturales que se necesitan atender y cicatrizar.

Los México-americanos en la gran guerra (y su contingente en pró de la democracia, la humanidad y la justicia): Mi diario particular y “Yo ‘Omnia mea mecum porto” exponen esta doble realidad de Sáenz: la externa, cuando presenta breves toques patrióticos al destacar la participación de los México-americanos en las grandes guerras (específicamente, en la Primera Guerra Mundial) y de la gran tradición democrática que resulta de este tipo de esfuerzo heroico; y la interna, cuando desbordan los sentimientos de inconformidad y de resistencia hacia el sistema en el poder, luchando por mantener vigente la cultura mexicana. Será la realidad interna de Sáenz la que se destaca en este estudio para discutir como la lucha por la justicia y la igualdad para su gente, compartidas en ambas obras, han preparado el camino para los escritores del

movimiento chicano que presentan una protesta social de manera más enfocada y abierta varias décadas después. La obra de Sáenz es un ejemplo más de la existencia de la literatura chicana de protesta que ha existido paralela a las actividades de conciencia social y de afirmación cultural que tienen raíz en las comunidades chicanas desde el siglo diecinueve.⁶

3. LOS MÉXICO-AMERICANOS EN LA GRAN GUERRA: TESTIMONIO Y CONFESIÓN

Como texto histórico, *Los méxico-americanos en la gran guerra* se lee como un testimonio que documenta la experiencia de los soldados méxico-americanos en la Primera Guerra Mundial. El “diario particular” de Sáenz se inicia el 25 de febrero de 1918⁷ en New Braunfels, Texas, y termina el 21 de junio de 1919 con el regreso del autor a la casa de sus padres en Alice, Texas. Consciente de la importancia del contexto histórico, Sáenz intenta documentar esta etapa de su experiencia militar a lo largo de aproximadamente 300 páginas de apasionada narración.⁸ La obra confirma la contribución, el valor y la lealtad de los soldados méxico-americanos a la guerra por la cual Sáenz siente no han recibido su debido reconocimiento.

Sáenz inicia la obra comentando sobre la trágica situación que sufren los soldados que sobreviven para luego regresar a su pueblo y ser ignorados por la sociedad. En las primeras páginas de su testimonio, Sáenz indica que su narrativa es una de protesta en contra de la clase en poder que conscientemente ha rechazado (borrado del mapa) la participación del mexicano en el desarrollo de la historia estadounidense. Sáenz es claro en el propósito de su narración al comentar que su diario:

(...) es el relato casi completo de la vida íntima de un grupo de soldados de línea, grupo especial entre millones que integraban el poderoso y variado ejército de los aliados, que sufrió tantas penalidades y todos los peligros de la Gran Guerra, fue precisamente con la intención de darlo a la publicidad, para que nuestro pueblo, el de origen mexicano, tuviera conocimiento e hiciera suyos los hechos y sufrimientos de aquéllos que respondieron por el prestigio y buen nombre tradicional de la raza, en los campos de prueba del honor (7).

Al mencionar la participación del soldado méxico-americano en la Primera Guerra Mundial, Sáenz afirma que todo hombre que participa en una lucha de tal magnitud muestra una valentía insuperable, pero que en este país, la de los méxico-americanos no es reconocida. El libro, por lo tanto, intenta subrayar la importante contribución de estos hombres en la lucha por mantener los ideales democráticos de su país. Continúa Sáenz:

Nada mejor que el reconocimiento podrá combatir hasta destruir errores y pasados prejuicios históricos y radicales y traer el entendimiento claro de lo que

es la verdadera LEALTAD, privilegio de CIUDADANIA y amor de BANDERA Y PATRIA (8).

Además de protestar esta falta de reconocimiento de los soldados México-americanos en la guerra, Sáenz denuncia la actitud etnocéntrica que establece su país natal para implementar un sistema de control que descentraliza al pueblo chicano de la historia de los Estados Unidos. Por lo general, los hombres que Sáenz honra son soldados de pueblos humildes del sur de Texas. Unos no saben leer ni escribir, ni en español ni en inglés, y otros ni hablan inglés. La mayoría está en Europa por diferentes circunstancias y desconocen las causas ideológicas de la guerra; tristemente también ignorando el espacio geográfico donde el conflicto se lleva a cabo y el suelo donde posiblemente lleguen a morir. Algunos se metieron al ejército por razones económicas, otros por la aventura de salir fuera del país, pero casi siempre todos con el entendimiento en cumplir una obligación honorable.

Para dar un ejemplo concreto, Sáenz habla de Eulogio Gómez, un soldado oriundo de Bracketville, Texas. Sáenz describe a Gómez como “uno de tantos de los nuestros, que hacen su venida al mundo sin alardes ni ruido, crecen en la soledad y viven sin quien jamás se les reconoce como tales, sino hasta que la desgracia y la calamidad, llaman a nuestras puertas” (164-165). A Sáenz le interesa conocer profundamente los aspectos psicológicos y emocionales que motivan a su gente. Trata de entender el porqué un hombre como Eulogio arriesga su vida por una causa que no puede entender o contextualizar. Sáenz, siempre atento al idealismo y al sentido de justicia, se pregunta si compañeros como Eulogio sienten la obligación de dar la vida por el concepto de la democracia, por la humanidad o por los derechos de los pueblos oprimidos y marginados como él lo hace. Duda que Eulogio tenga esta conciencia porque siente que su amigo es un ser olvidado y que es tomado en cuenta solo cuando el país lo necesita para proteger los intereses nacionales. En una plática que Sáenz sostiene con Eulogio, éste le cuenta que ingresó al ejército porque unos amigos lo habían invitado a pelear contra los ‘doches’ y él, sin titubear, les contestó: ‘Pos vamos’ (60). Sáenz dice que si en cambio lo hubiesen invitado a pelear por una causa, la protección por la bandera de los Estados Unidos, por ejemplo, él se hubiera negado rotundamente: “Estoy seguro que les hubiera dicho ‘¿y yo qué tengo que defender la bandera de los gringos? Que la defiendan ellos, ¡que yo defenderé la mía!’” (60) Eulogio va a la guerra porque acepta un reto dentro del contexto de su cultura mexicana, jamás bajo los principios y fines de un ambiente anglosajón, que lo considera ajeno a su realidad. Sin embargo, en el campo de batalla Gómez lucha valientemente al lado de los mismos anglosajones que sabe que lo desprecian. El hombre que Sáenz

describe como uno que “de geografía no conocía ni las pastas” (165), desempeña el puesto de mensajero (“runner”) donde se requería que se supiera de geografía para desempeñar los mandatos de sus superiores. Sáenz destaca el heroísmo del soldado: “Gómez si que no necesitaba ni la brújula para orientarse e ir a dar donde están escondidos los Mayores del Regimiento” (65). “Sólo Gómez jamás se perdió, ni hizo falta en las horas críticas” (165), comenta Sáenz, señalando que otros mensajeros se escondían en los pozos para no exponerse al peligro de las balas.

El comportamiento de Eulogio Gómez encierra una situación histórica real que refleja parte de la actitud que existe en el sur de Texas para muchos habitantes méxico-americanos de la región. Ningún mexicano iba a luchar a la fuerza o por defender la bandera que lo había aislado de ese anillo de poder responsable por borrar su historia. Eulogio participó en la guerra porque se le presentaba un reto, un desafío a su individualidad como hombre. Aceptó ir a la guerra porque sintió la libertad de crear su propia causa, no la de otros.

Sáenz habla detenidamente de Eulogio y de otros hombres como él, no sólo para compartir la gran compasión y orgullo que siente por su *raza* sino porque cree que es una obligación documentar su historia que en resumidas cuentas es también la suya. “Nadie más que a nosotros nos interesa recoger estos apuntes históricos e interesantes para el porvenir” (65), confiesa Sáenz. “Quiero contribuir en algo para cuando haya quien pueda encargarse de darles forma y publicación” (61), afirma seguro del valor histórico y social de su relato.⁹ Es claro que un hombre humilde como Eulogio es fácilmente olvidado y destinado a convertirse en un recuerdo de un recuerdo si no fuese por el poder del testimonio de Sáenz que milagrosamente lo rescita.

Pero más que un homenaje a los soldados méxico-americanos, la obra de Sáenz contiene un significado más profundo y poderoso. Por un lado, su diario es una obra revisionista que da luz a una historia borrada del méxico-americano. Por el otro, el libro representa un esfuerzo escalofriante de un hombre moderno luchando por entender una realidad compleja y desafiante. En este sentido la obra se ve como una confesión, un fragmento de autobiografía en el cual el sujeto, Sáenz, expone abiertamente detalles íntimos y ocultos de su vida. A diferencia del testimonio que expresa una intimidad externa (el bienestar colectivo de una comunidad), la confesión permite penetrar en el sentimiento personal del autor. Se personifica el miedo y las inseguridades existenciales que siente para descubrir que el mejor aliado y a la vez el más feroz enemigo del personaje yace dentro de sí mismo.

Es fácil para Sáenz hablar de las cualidades positivas de los compañeros que

participaron en la guerra. Lo que más le cuesta es entender su enfrentamiento con el enemigo doméstico (el racismo) cuando regrese de nuevo a Texas. En Alemania, Sáenz comenta del racismo y del sentido de superioridad de los habitantes, sentimientos que en Texas los había palpado con los alemanes americanos que conoció en New Braunfels y en San Antonio. Sáenz es un hombre educado (es profesor de primaria), de profundas preocupaciones existenciales. Ve la vida como “una contradicción eterna” (95), una experiencia colosal donde el hombre es un ser muy pequeño, casi insignificante. Por consiguiente, aunque Sáenz destaca la valentía de los hombres en los campos de batalla, la guerra, en realidad, es un absurdo inventado por el hombre cuya función es la de destruir el mundo donde habita.

Esta actitud que Sáenz siente por lo absurdo de la guerra no la comparte para disminuir la participación de su *raza* en ella. Su intención es subrayar que la verdadera guerra se encuentra no en Europa sino en los Estados Unidos; en las comunidades a donde regresarán hombres como Eulogio. Por tanto que Sáenz eleve la valentía y el sentido de cumplimiento de su gente muy dentro, siente una gran tristeza y desesperación sabiendo que el destino de su raza posiblemente no tendrá resultados fructuosos en América. La guerra que enfrenta en Texas no es una que se gana con la penetración mortal de una bala. La victoria en su país es mucho más compleja porque lleva años de existir, causando heridas profundas muy difíciles de sanar. Y lo más triste y doloroso es que las víctimas como Eulogio y demás compañeros de Sáenz no saben que lentamente van muriendo sin darse cuenta que un enemigo muy cercano es el responsable de su suerte.

Para Sáenz la guerra mundial afirma los ideales culturales y el sentido de participación cívica que desarrollará después en su vida pública. Sin muestras de arrogancia, siente que él es uno de los indicados para tomar la responsabilidad de preparar a sus hombres a las luchas que les espera en casa. Sáenz conoce mucho de la historia nacional y universal y comparte con sus hombres lo que sabe; estudia francés y alemán y sirve como traductor e intérprete de los acontecimientos de la guerra, sobre todo desempeña el papel de profesor de inglés a los que no saben el idioma y les enseña a escribir y leer en inglés y en español.¹⁰ Para Sáenz es imperativo que estos hombres se eduquen en las letras y en su contexto histórico para que puedan enfrentarse a los desafíos de una nueva vida y tener control de su destino. Este determinismo cultural lo manifiesta fuertemente cuando invita a sus compañeros a formar una comunidad México-americana en Texas en un pedazo de tierra que Sáenz le pide al gobierno que les dé a su regreso como una recompensa por su participación en la guerra.¹¹ Dice de sus compañeros y del deseo por crear una comunidad México-americana:

Grande es mi deseo y mi afán por querer introducir nuevas ideas en estos cerebros tan duros y con tantas bien arraigadas ideas del pasado. Sin embargo, mi intención es luchar por el adelanto de estos hombres de mi raza, y les comienzo a enseñar simples lecturas, escritura, idioma inglés, rudimentos de aritmética, conocimientos sobre ciudadanía, americanización y cívica, con la intención de formar mejores ciudadanos para los días de paz que nos esperan.

Llegamos a formar proyectos para seguir nuestra instrucción después de volver al hogar, de seguir unidos cultivando nuestras futuras generaciones. Hemos llegado hasta llegar a creer factible la formación de una colonia con puro elemento de los que hoy llevamos uniforme en este lado del mar. Para el efecto, ya nos hemos dirigido a nuestro gobierno sobre este particular. Todo nace de la necesidad de nuestro mejoramiento social, hacernos buenos hogares y educar a nuestros hijos a ser buenos ciudadanos, con el ejemplo, para al (sic) formación de pueblos dignos de nuestro nombre y sacrificio por la patria (249).

Sin embargo, el optimismo de Sáenz es engañoso porque muy dentro confiesa que sus objetivos posiblemente no se llevarán a cabo. Siempre está consciente de la realidad cultural en Texas y de los profundos problemas sociales que existen para los México-americanos. A sus compañeros les espera un futuro aún más incierto ya que la guerra lejos de despertarle una conciencia social, los ha embrutecido más de lo que se imaginan porque permanecerán más que nunca enajenados de las fuerzas sociales, políticas y económicas del sistema en control: “Bien se me alcanza a comprender que la mayoría no sabrán apreciar el papel que han presentado y que tan sólo lo han desempeñado por haberlo podido eludir. (...) La desgracia misma de la guerra apenas iba comenzando a hermanarnos y darnos enseñanzas provechosas,” dice (265-266).

A pesar de que Sáenz cree que él está en mejor condición para enfrentarse a los problemas que les esperan, sabe que la situación, por tan privilegiada que sea, tampoco a él le traerá cambios positivos. Trágicamente y por estar precisamente consciente de su papel en la guerra y de los fuertes problemas de la gente, hace que su regreso sea el más difícil y angustioso, el más solitario, de todos sus compañeros. Muchos soldados regresarán contentos y conformes al ambiente familiar que dejaron atrás. Pero esto no ocurre con Sáenz. En la estación de tren en Houston, después del viaje que inició en Massachusetts, Sáenz no recibe la esperada bienvenida apropiada de un héroe nacional. Lluve ese día y al bajar del tren dice: “De mi parte, no sé por qué sentí una impresión hostil, muy contraria a la que sentimos a la llegada a otras ciudades” (282). Por la tarde asiste a un concierto en el auditorio de la ciudad. En frente de ese edificio describe una casa-salón de mala reputación y de vicio que lleva el penoso título de ‘SALA PARA MEXICANOS.’ Este lugar representa un insulto

para Sáenz ya que denigra el nombre de su *raza* y porque irónicamente se encuentra precisamente al lado del auditorio donde los angloamericanos están ofreciendo tributo a los suyos que sobrevivieron la guerra.

Por la noche asiste a una celebración que tiene lugar en el famoso Hotel Rice; una fiesta organizada en honor a los soldados que murieron en el campo de batalla y a los sobrevivientes del conflicto. Sáenz es uno de ellos y, sin embargo, siente que para él y los de su *raza* su presencia es fantasmal en ese lugar exclusivo. “Por demás será decir que para los de origen mexicano aquel suntuoso baile poco o nada de interés podía tener. ¿Por qué?” (283) se pregunta. El mismo se contesta: “Porque ya es bien conocido el antagonismo social, predominante para los de mi raza en estos contornos. No sé que se haya corrido un desaire a nadie de los nuestros esta noche, pero tampoco sé que haya habido uno siquiera que se haya expuesto a ello. También ignoro que haya invitado a alguno de los nuestros a tal baile. ¡Houston, Houston, tú serás hermosa, rica y progresiva, pero no nos inspiras simpatía y así sea nuestra la causa!” (283-284), comenta desilusionado.

Allí, meditando entre el ruido y la celebración en el Hotel Rice, Sáenz no participa en la celebración organizada para los soldados que regresan de Europa. Se la pasa sentado en una lujosa butaca de la sala de espera evaluando el pasado y la realidad del presente. Siente que las ilusiones y los sueños que forjó para sus compañeros, así como la fiesta, “tal vez dentro de poco, se desvanezcan como el humo en el espacio” (284). La realidad le pega más duro cuando en el último día como militar se da cuenta que ni siquiera pudo despedirse de ninguno de sus amigos porque después de entregar las armas y recoger un último pago todos partieron tan pronto como pudieron: “¡Tal es el hombre! (...) Todo lo olvida” (287), dice de esta dura realidad.

Los México-americanos en la gran guerra ofrece un pedazo de vida chicana de principios de siglo que es vital para la identidad de un pueblo, porque como afirma Genaro Padilla en el estudio de la autobiografía chicana del siglo diecinueve, este tipo de obra representa “(an) utterance to the threat of social erasure” (1993: 4). Pero a esta afirmación de identidad la acompaña una preocupación dolorosa y perdurable. Dentro del espacio donde Sáenz y sus compañeros han de regresar (la pobreza del sur de Texas) existe una frontera llena de heridas abiertas difíciles de sanar, un caos dramático en forma de una *heterotopía* imposible de definir y un *New World Order* surrealista y barroco que los espera con toda su verdad y ambivalencia.¹² Sáenz percibe el regreso a este espacio como uno lleno de peligros y adversidades. La respuesta de Sáenz a este desafío cultural es la de seguir educando al pueblo por medio de la participación en el servicio público y por medio de la literatura. Será en la autobiografía inédita, “Yo,”

donde Sáenz expone con más precisión y enfoque, el compromiso social que contiene muchas de las más importantes características de la literatura comprometida del movimiento chicano.

4. "YO": LITERATURA DE COMPROMISO SOCIAL

"Yo 'Omnia mea mecum porto,'" la autobiografía inédita de Sáenz, representa una respuesta directa en contra del proceso de descentralización y abandono de los México-americanos de su mapa cultural. Esta obra manifiesta un esfuerzo por recuperar una voz y desenterrar una historia, la de Sáenz, que en términos simbólicos representa la historia de todo el México-americano que vive en este país.

Según Sáenz, el empuje que lo motiva a escribir su autobiografía nace de su hijo, Eduardo Francisco, que muestra un precoz interés por la vida de su padre. "Por esta razón," dice Sáenz, "he hecho por recordar o entresacar de las cenizas ya frías de mi pasado todos aquellos incidentes que no se han borrado de mi mente" (2). Pero más que una curiosidad por saber sobre el pasado de su padre, su hijo ofrece una excusa para establecer un mecanismo narrativo que le permitirá desahogar las inquietudes culturales que tanto le preocupan.

Por lo general, la protesta social de Sáenz la dirige hacia el angloamericano que ha creado mapas culturales donde la presencia del México-americano es efímera y transparente. Para Sáenz es vital iniciar la recuperación de los mapas culturales de su gente y establecer un punto de referencia a la historia de su pueblo, reconocer que existe, y así llenar ese vacío cultural causado por esta negación.

Aunque las referencias a la historia chicana no se comparan con las de Rodolfo "Corky" González (*I Am Joaquín*) o las novelas históricas de Alejandro Morales (*Reto en el paraíso*, *The Brick People*), Sáenz ofrece su propia versión abreviada de la historia de sus antepasados con el fin de fijar una base donde se pueda establecer el inicio de su cultura. Desde el principio de la autobiografía, Sáenz aclara la preferencia por su sangre mestiza, enfocando en particular la sangre indígena que la relaciona continuamente con la gran civilización azteca. Por otro lado, no niega la sangre española, sin embargo, prefiere hablar de ella como resultado de la presencia de los conquistadores colonizadores indeseables a estas tierras; hombres violadores de culturas que considera crueles y salvajes.

Los héroes a los que Sáenz alude en su breve referencia a la historia de sus antepasados tienden a ser hombres afamados por su inclinación a movimientos de liberación y de reforma social en México. Entre los más importantes sobresalen el padre Miguel Hidalgo y Costilla "cura inmortal, bendito sea" (5), Ignacio Zaragoza

“el tejano del Espíritu Santo” (6), y Benito Juárez, reconocido como el gran reformador mexicano del siglo XIX. En el caso de Juárez se puede agregar que en la historia de México representó dignamente la sangre indígena. Juárez era un indígena zapoteca del estado de Oaxaca de personalidad fuerte y resoluta; de carácter altamente honorable que jamás cedió a la presión de gobiernos extranjeros.

En la referencia que hace de la historia del México-americano al norte del Río Bravo (Río Grande), Sáenz promueve la participación de los México-americanos en la guerra de 1898, entre los Estados Unidos y España, no para mostrar una inspirada lealtad hacia Teodoro Roosevelt que vino a reclutar “rough riders” a San Antonio, Texas, sino por el afán de algunos, dice Sáenz, de “ir a pelear contra ‘los gachupines’ por segunda vez” (51); y sobre todo en la participación de su gente en la Primera Guerra Mundial, que como se mencionó anteriormente le dedica un libro completo a este conflicto.

En lo personal y con el propósito de ligarse directamente con los personajes y eventos importantes de la historia mexicana, Sáenz habla de cómo su abuelo paterno fue artillero en las filas de su ídolo militar, Ignacio Zaragoza, en Puebla, y también del apoyo que ofreció a la causa de Juárez que consideraba un hombre admirable. Muerto su abuelo, Sáenz cuenta que su abuela cruzó la frontera a Texas para impedir que su hijo, el padre de Sáenz, (en aquel entonces de escasos 16 años de edad), no “sentara plaza con Don Porfirio” (6), una decisión honorable que muestra una sólida determinación por perpetuar el espíritu de libertad de la familia al rechazar la política del despiadado dictador mexicano, Porfirio Díaz.

Sáenz ofrece la participación de sus antepasados en México porque reconoce que la recuperación de una historia es la base que justifica un pasado heroico necesario para legitimar antecedentes gloriosos del México-americano. La recuperación de la historia intenta llenar el vacío que conecta los elementos del tiempo y del espacio que entrelazados definen una esencia cultural única de su pueblo.

El propósito de conectar a su gente con la historia mexicana y de los Estados Unidos no es solo para fortalecer una identidad sino también para presentar una perspectiva histórica mucho más balanceada y justa. Por lo tanto, para Sáenz es imperativo destruir las características culturales negativas atribuidas al pueblo. Sáenz ambiciona corregir todas las negaciones empezando con las que lo han marcado personalmente. Por ejemplo, en una visita a la parroquia donde fue bautizado descubre que el sacerdote francés que lo bautizó, lo registró bajo el nombre de Jean de Luce, y no como José de la Luz, simplemente porque para el sacerdote ese era el nombre de un pueblo localizado “entre el norte de España y la parte sur de Francia” (11) que

recordaba con romántica nostalgia.

De igual manera Sáenz, intenta cambiar las falsas imágenes y mitos que han dejado cicatrices en la psicología tanto del conquistado como la del conquistador. Por el lado mexicano, Sáenz habla de los conquistadores y exploradores españoles cuando en su encuentro con los habitantes del Nuevo Mundo lo identificaron bajo la imagen indeleble de “indio”; un término que niega una identidad y del cual Sáenz vehementemente repugna. Dice Sáenz:

Uso la palabra INDIO para maldecir al que nos dio tal apodo ya todos los que todavía lo usan sabiendo que jamás hemos sido ni seremos INDIO. Un error histórico o intencional puede echarse por el suelo cuando se aprende la verdad (90).

Sin embargo, siente que existe la esperanza de que las cosas cambien en el futuro:

Hace mucho que venimos combatiendo este insulto a las razas aborígenes del Nuevo Mundo y no creemos que esté muy lejos el día en que se acepte como justa nuestra protesta santa (90).

En cuanto a la imagen que el anglosajón tiene del México-americano, Sáenz declara que el mexicano para los Texas Rangers es un animal salvaje que debe aniquilarse. Culpa a estos *rinches* de denigrar la imagen del mexicano a la vez que ellos se cubren de gloria al tratar de exterminar a los *bandidos* mexicanos de la región:¹³

Los “rangers,” con hechos de tal naturaleza, tejieron su corona inmortal y un lugar muy prominente en la historia texana; pero de nuestra parte, como parte ofendida, se ganaron un desprecio más eterno que sus laureles. Estos hombres de pistola no se concentraron a cumplir fielmente su papel, que era la exterminación del bandidaje, sino que, para tener que rendir gran informe, cometieron abusos imperdonables, crímenes horrendos, por su barbarie y cobardía, en contra de mexicanos inofensivos y esa herida jamás cicatrizará en el sentir de mi raza (53).

Será precisamente esta distorsión histórica la que exige una nueva reinterpretación. Para Sáenz es importante destruir imágenes falsas y negativas del mexicano. Para lograrlo, Sáenz reconoce que es fundamentalmente necesario legitimar el espacio que ocupa su gente en este país (el revivir el mito de *Aztlán*) para luego enfatizar los elementos positivos que prometen ofrecerle dignidad y respeto.

Sáenz determina que la tierra donde vive no es una que sus antepasados invadieron. Haciendo referencias indirectas al suroeste de los Estados Unidos como *Aztlán* (el lugar mítico del origen de los Aztecas) afirma que esta tierra pertenece a

su pueblo y que son otros la que la invadieron.¹⁴ Dice de cuando su padre y abuela vinieron a Texas:

[...] mi padre, de dieciséis años de edad, no hizo nada más que cruzar la frontera y venirse a Texas, que siempre creyeron tierra mexicana, porque al fin y al cabo había sido arrebatada cobardemente de México por los expansionistas yanquis [...] (6).

Pero con tono optimista termina diciendo:

(...) y podría o podrá en algún día del porvenir, en una de esas vueltas que da la fatal rueda de la fortuna de los pueblos, retornar a sus antiguos dueños, por justicia, así como volvió[eron] la Alcasia y la Lorena, la heroica Polonia, la Etiopía y las [otras] colonias africanas (6).

Para defender esta declaración, Sáenz pone interés particular en estudiar la historia de Texas, específicamente, el periodo de la guerra con México, donde se presentan los puntos más ardientes entre los conflictos de los dos grupos. Dice Sáenz sobre el estudio de esta etapa de la historia texana (y del texto que usaba en la escuela para estudiarla):

Nada sabía de Historia, pero hasta los ciegos podían haber visto las mentiras de la bien premeditada propaganda que robustecía el texto escrito a raíz de los sucesos y para vaciar toda la ponzoña de odio contra el enemigo; datos para inflamar a un pueblo contra otro, con justicia o sin ella. La autora tuvo demasiada razón para escribir todo lo que su pecho sintiera, para vaciar todo el odio y prejuicio contra sus enemigos, que fueron nuestros antepasados, por haber perdido contra aquellos algunos de sus seres queridos, pero no para haberse considerado jamás como juicio verídico de la Historia que es la antorcha de las generaciones subsecuentes (87-88).

Enajenado de las celebraciones nacionales de su propio país, Sáenz revive un trozo de la historia mexicana con la intención de alimentar una alternativa patriótica personal y, a la vez, documentar la grandeza de sus antepasados. Sáenz le dedica uno de los capítulos más extensos de la autobiografía a la celebración del aniversario del nacimiento de Benito Juárez. El afán por celebrar la grandeza de este líder mexicano muestra el esfuerzo del narrador por ofrecerle al chicano un personaje honorable diferente al estereotípico “Frito Bandito” de los años sesenta. Sáenz menciona esta celebración como una alternativa a un evento patriótico que este país le niega festejar (por ejemplo, Sáenz y otros amigos México-americanos son excluidos de la celebración de un “cuatro de julio” entre sus propios compañeros del ejército). La celebración de Juárez representa un descubrimiento de un mapa histórico que a nadie le había interesado descubrir. Cuenta Sáenz: “Poco o nada habíamos oído decir [por acá] de

un indio mexicano, y menos favorablemente sino todo lo contrario” (89). Sáenz descubre a Juárez por medio de un periódico latinoamericano (*América del Sur*) que encontró accidentalmente donde elogiaba la memoria de este hombre ilustre. El hecho de que Sáenz escoge a un indígena como máximo representante de su pasado muestra de nuevo la determinación por definir un nacionalismo cultural que lo conecta con una tradición antigua y noble que en los años sesenta Alurista elabora en su poesía indigenista en *Floriscanto en Aztlán* y *Nationchild Plumaraja*.

Uno de los elementos culturales que Sáenz plantea por medio del descubrimiento de su historia es precisamente la valorización de su sangre indígena y mestiza. Esta afirmación es importante porque Sáenz encuentra en ella un elemento cultural que establece la identidad que le permite funcionar en una sociedad que jamás lo ha tomado en cuenta.

A diferencia de Fabiola Cabeza de Baca y Cleofas Jaramillo y otras escritoras méxico-americanas de la primera mitad del siglo veinte cuya obra literaria aboga por una aceptación cultural española, Sáenz ofrece una interpretación más realista de la etnicidad del méxico-americano, apoyándose en particular en la sangre indígena. Dice que sus abuelos paternos eran “de raza pura azteca” (5) y que los maternos “tenían más de gachupín” (7); sin embargo, a pesar de reconocer (celebrar) la importancia de este mestizaje (que considera una “raza de bronce”), Sáenz no vacila en subrayar la importancia de su sangre indígena.

Pero esta *nueva raza* a la que alude Sáenz no es un producto exclusivo de la mezcla de sangres; más bien, se combina con otros elementos más contundentes. Entre ellos, surgen los conflictos culturales entre los angloamericanos y los méxico-americanos y entre los mexicanos y los méxico-americanos.

Sáenz determina el inicio de esta *nueva raza* al hablar de los mexicanos que vienen a buscar fortuna a los Estados Unidos y que se quedan a vivir en este país iniciando una nueva e inevitable realidad cultural:

Estos vinieron a formar nuestro elemento inasimilable por el yanquismo, y nos vamos multiplicando cada día más y más hasta que nadie podrá negar que vamos formando una nueva raza, distinta tanto al yanqui del norte como al mexicano del sur en pensar y sentir y hasta con casi una distinta lengua que acabará por aceptarse en el porvenir (68).

En efecto, parte de las nuevas características relacionadas con esta nueva conciencia de identidad (que puede interpretarse como una declaración de una verdadera conciencia chicana) tiene que ver con ciertos elementos que alimentan las exigencias de esta nueva realidad; entre ellos nuevas sutilezas lingüísticas necesarias

para expresarla y una serie de símbolos que se identifican como parte de ella.

En cuanto a la lengua, la obra de Sáenz está escrita, en lo que se podría considerar un español estándar. Sin embargo, él mismo reconoce que su español regional es diferente, uno que está destinado a evolucionar, como lo expresa al hablar sobre el propósito de escribir su manuscrito:¹⁵

(...) he hecho por recordar o entresacar de las cenizas ya frías de mi pasado todos aquellos incidentes que no se han borrado de mi mente, para describirlos según mi pobre inteligencia y en nuestro estilo vernacular texano que, a no dudar, en el correr del tiempo tendrá que aceptarse como una lengua nueva que ha de servir a otros pueblos y así, pésele cuanto pese a los castizos o puritanos en materia de lenguas (2).

La mayoría de las diferencias lingüísticas que describen esta nueva realidad México-americana son expresadas por el número de palabras en inglés que Sáenz incluye sin traducción alguna. Está consciente del uso de ellas ya que las identifica entre comillas cuando las usa. Entre las más comunes se encuentran las siguientes palabras: “bull ring,” “buns,” “nicles,” “bullies,” “gang,” “fun,” “ring,” “punche,” “bulldog,” “laundry,” “waterworks,” “chancearse,” “dugouts,” “greenbacks,” “bunnies,” “pully,” “trampas,” “hobos,” y “Crismas” entre otras. El uso de palabras como “rinches,” “gringos,” “yanquis,” “bolillos” y “gabacho” son usadas para definir la diferencia cultural que existe entre la gente de su “barrio” (símbolo de su identidad mexicana) con la que vive fuera de él.

El uso consciente de estas palabras en su obra indica que Sáenz trata de ser fiel al cuadro cultural de su región. Por más que se hable el español en el sur de Texas reconoce que el inglés es parte de la realidad y que no se debe ignorar. Pero lo más importante en cuanto a la sobrevivencia de la cultura chicana es que Sáenz ha optado por escribir su obra en español, en sí un acto de resistencia ante el idioma oficial del país. Le da valor al estudio de las lenguas extranjeras y sobre todo al uso del español entre su gente. Afirma que el que no reconoce esta importancia sufre una “¡miopía fatal!” (1933: 255) Sáenz, como los escritores del movimiento chicano que escriben en español, sabe que el español es parte esencial de la cultura chicana que define una identidad. Así lo cree Jesús Buenrostro, un personaje en *Claros Varones de Belken* del afamado escritor chicano Rolando Hinojosa, cuando dice: “Si también nos quitan o si perdemos o vendemos el idioma, entonces no habrá remisión. El día que muera el español, esto dejará de ser el Valle” (1986: 11).

Los diferentes símbolos culturales que Sáenz señala en su autobiografía están relacionados con un trasfondo que permite la presencia de nuevas realidades exclusivas

al suroeste del país. Por ejemplo, hace varias referencias a la flora y fauna de la región, incluyendo “nuestro mezquite” (45), un árbol típico del sur de Texas que otros escritores chicanos han usado para identificarlo con el espíritu irrompible de los México-americanos de esta región;¹⁶ y sobre todo el “cactus” que lo identifica con sus orígenes indígenas, conectándolo con el dibujo del “águila azteca legendaria sobre el cactus devorando una serpiente” (92), imagen existente en la bandera mexicana. También incluye animales identificándolos igualmente con la cultura indígena como es el “cenzontle,” que Sáenz afirma, “canta las tristezas de nuestro pueblo aborígen o nos habla de esperanza a los que somos vástagos de aquella raza” (45).

Por otro lado, existen otras imágenes que ofrecen cuadros culturales relacionados con un espacio exclusivo reservado para representar una realidad propiamente México-americana. Entre estos espacios se habla de su comunidad, de su *barrio* y la íntima relación que existe con su familia y la gente que vive en él. Sáenz no sólo siente un gran amor por sus padres sino ve a los vecinos como una extensión de su familia. Dice de la Nana Petra y Tata Nacho: “fueron para nosotros como de nuestra misma familia [...] la casa de ellos fue la nuestra y la nuestra de ellos” (20). Este sentido de comunidad, existente en la poesía chicana de José Montoya, Raúl Salinas y Alurista entre otros poetas que escriben sobre el *barrio* y su íntima relación con la identidad chicana, la manifiesta al recordar a los amigos de su niñez: “Juntos pasamos los años primeros y muchos incidentes suyos fueron de mi misma vida” (20).

Entre otros espacios específicos relacionados con imágenes comunitarias se encuentra la peluquería que representa un centro simbólico de reunión comunal y la del *barrio* donde en su vientre vibra una comunidad representada por la dinámica presencia de los niños embebidos en juegos del trompo y de las simbólicas canicas, y la de su pintorescos personajes, como el “Tata Nacho,” la “doña Eutiquia,” el “Perry Brown” y sus hijos “Chester y Magie,” el “negrito Jim,” “El Copetón,” (el panadero que los años no le quitan lo enamorado; “aunque,” aclara Sáenz con humor, “ya para esta fecha todas sus conquistas tan sólo existen en el pensamiento” [21]) y el maquinista José Amaya, igual de alegre y enamorado como el anterior “que ponía en alerta a las muchachas de cada pueblecito que llegaba cuando hacia silbar su máquina” (21). En estos personajes Sáenz ofrece un ejemplo de las diferentes razas que habitan en un espacio exclusivo y característico del suroeste de los Estados Unidos similar al que se encuentra en los cuentos amenos y simbólicos de su contemporáneo Mario Suárez en los años cuarenta en Tucson, Arizona (“El señor Garza,” “El Hoyo” y “Kid Zopilote entre otros).

5. CONCLUSIÓN

Se puede determinar que la obra literaria de Sáenz, *Los México-americanos en la gran guerra* y “Yo ‘Omnia mea mecum porto,’” comparten numerosas características de protesta social atribuidas a la literatura del movimiento chicano de los años sesenta y de los primeros años de los setenta. El canto y el grito de una liberación, y el llanto de un desmadrazgo¹⁷ se pueden detectar en su protesta en contra de la omisión, las imágenes distorsionadas, y también de las ambivalencias que ha sufrido su gente en la historia de este país. Su literatura es una de recuperación (donde existen fuertes elementos característicos de un determinismo cultural), de sutilezas culturales únicas al México-americano (escrita en español) que, en conjunto, definen una esencia obstinada en subrayar la identidad específica de un pueblo marginado.

Pero esta afirmación de identidad es acompañada por una preocupación dolorosa y perdurable. El “diario particular” de Sáenz, por ejemplo, rompe las fronteras flotantes (mentales) subjetivas que él reconoce son las más difíciles de destruir. Los compañeros del ejército y él regresan a una región de Texas que está arrinconada, ignorada y pobre. Lo único bueno de esto es la preservación de su cultura como resultado de este olvido. Pero Sáenz reconoce que en el futuro esta realidad cambiará a causa de lo que Ngũgĩ wa Thiong’o identifica como “the cultural bomb” (la bomba cultural; el arma que una cultura usa sobre la otra para exterminar su esencia e identidad, forzándola a incorporar los elementos culturales del exterminador como único mecanismo de sobrevivencia) (1986: 3) que un día la cultura dominante inesperadamente dejará caer sobre su terruño.

Como si presintiera la llegada de ese día apocalíptico, Sáenz escribe las últimas páginas de su diario en la casa de sus padres en Alice, Texas. Sáenz, ahora vestido de civil, libre del disfraz de soldado que cubría su agotado cuerpo, termina la obra resumiendo en una página y media la experiencia que vivió en los últimos dieciséis meses en el ejército. En Alice está contento de ver nuevamente a la familia. Después de intercambiar abrazos y unas palabras con sus seres queridos, lo dejan momentáneamente para seguir con las faenas cotidianas del día. Solo, Sáenz se sienta en la superficie de una piedra rodeado por el silencio: “Me encuentro sólo en un pequeño rato de descanso, algo fatigado, triste, (...) en profundas meditaciones” (1933: 287), dice. Para Sáenz, el gran visionario, el escritor precursor de la literatura del movimiento chicano, el hombre comprometido con el bienestar de su pueblo, aparentemente le había tocado la suerte de haber nacido bajo el destello de una estrella, de esas que bajan inadvertidas y moribundas, sin pretensiones, en la faz de un oscuro desierto, con la maldita suerte de caer siempre detrás de una impresionante montaña

anónima.

La preocupación de Sáenz sobre el destino de su cultura, a pesar de que se vea tenebrosa, no la ve que desaparezca en un futuro cercano. Al contrario, el hecho de que después de la guerra le dedica toda su vida a la enseñanza y a la escritura prueba que la lucha es tan heroica como los personajes que presenta en los escritos. Sáenz muestra que las voces que articularon los problemas sociales de los años sesenta y setenta tienen precedentes, pero que éstas habían sido secuestradas y calladas por culturas dominantes, temerosas de su propia sombra. Poco a poco descubiertas, sus antes hilos frágiles que evitaban conectarse sólidamente con el pasado, empiezan a endurecer y a transformarse en rústicos y fuertes mecates que terminan por unir dos puntos culturales de referencia que alimentan un sentido de identidad individual y colectiva.

José de la Luz Sáenz representa la voz del pasado que habla con la frescura del presente; una voz que, por un lado, alimenta y recupera muchas de nuestras convicciones culturales pero, por el otro, propone que nuestro papel en la historia de este país es aún débil y vulnerable pues su destino permanece balanceándose delicadamente en la mano tentativa de un mal jugador.

REFERENCES

- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Spinsters/Aunt Lute, 1987. Print.
- Candelaria, Cordelia. *Chicano Poetry: A Critical Introduction*. Wesport, Conn.: Greenwood Press, 1986. Print.
- García, Mario. *Mexican Americans*. New Haven and London: Yale University Press, 1989. Print.
- Gómez-Peña, Guillermo. *The New World Border*. San Francisco: City Lights Books, 1996. Print.
- González, Rodolfo. *I Am Joaquín*. New York: Bantam, 1972. Print.
- Hinojosa, Rolando. *Claros Varones de Belken*. Tempe, Arizona: Bilingual Press/Editorial Bilingüe, 1986. Print.
- Ibáñez, Armando P. *Mesquites Never Die: A Theology of Poetry*. Oakland, California: Pluma Productions, 1993. Print.
- Leal, Luis y Barrón, Pepe. "Chicano Literature: An Overview." *Three American Literatures*, ed. Houston A. Baker, Jr., New York: The Modern Language Association of America, (1982): 9-32. Print.
- Morales, Alejandro. "Dynamic Identities in Heterotopia." In *Alejandro Morales: Fiction Past, Present, Future Perfect*, ed. José Antonio Gurpegui Palacios. Tempe, Arizona:

- Bilingual Review/Press, (1996): 14-27. Print.
- Ngugi wa Thiong'o. *Decolonizing the Mind: The Politics of Languages in African Literatures*. London: James Currey Ltd., 1986. Print.
- Padilla, Genaro. *My History, Not Yours: The Formation of Mexican American Autobiography*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1993. Print.
- Sáenz, José de la Luz. "Fines y objetivos de la LULAC." *LULAC News*, San Antonio, March 1934: 27-29. Print.
- . *Los México-americanos en la gran guerra y su contingente en pró de la democracia, la humanidad y la justicia: Mi diario particular*. San Antonio: Artes Gráficas, 1933. Print.
- . "Yo 'Omnia mea mecum porto.'" Manuscrito inédito, 1944. Copia personal. Print.
- Sánchez, Ricardo. *Canto y grito mi liberación (y lloro mis desmadrazgos . . .)*. El Paso: Mictla, 1971. Print.

NOTAS

¹ Las citas que se usan de esta obra son tomadas de una copia personal de "Yo" recibida del profesor Lauro Flores. La autobiografía incluye un "Prefacio" y setenta secciones cortas. José de la Luz Sáenz nació en Realitos, Texas, el 17 de mayo de 1888 y murió en Corpus Christi, Texas, en abril de 1953. Su cuerpo está sepultado en el Cementerio Nacional del Fuerte Sam Houston en San Antonio, Texas.

² Las características mencionadas son tomadas parcialmente del artículo de Luis Leal y Pepe Barrón, "Chicano Literature: An Overview," y del segundo capítulo de *Chicano Poetry*, "Chicano Poetry: Movement Poetry," de Cordelia Candelaria.

³ García aclara que este término no es originalmente suyo. Dice que el primero en usarlo fue el sociólogo Rodolfo Álvarez en su artículo "The Psycho-Historical and Socioeconomic Development of the Chicano Community in the United States," publicado en marzo de 1973 en la revista *Social Science Quarterly*. Sin embargo, aclara que Álvarez usa este término para referirse a una generación biológica y no política, como él lo usa en su libro *Mexican Americans*.

⁴ Sáenz fue presidente de uno de los concilios de LULAC en McAllen, Texas, a principios de la década de los años treinta. Ver *LULAC News*, Vol. 2, No. 1, publicada en septiembre de 1932, en San Antonio, Texas.

⁵ Ver *LULAC News*, Vol. 2, No. 11, páginas 27-29, publicada en marzo de 1934, en San Antonio, Texas.

⁶ Esta protesta social tiene raíz en los *corridos* cantados en el siglo diecinueve. Uno de los más antiguos es "El General Cortina," que Américo Paredes documenta como uno de los primeros cantados en el suroeste de los Estados Unidos a mitad del siglo. Ver su libro *A Texas-Mexican "Cancionero": Folksongs of the Lower Border*; también el testimonio de Juan N. Seguín, *A Revolution Remembered: The Memoirs and Selected Correspondence of Juan N. Seguín*; y de Mariano Vallejo, "Recuerdos históricos y personales tocante a la alta California," como ejemplos de esta literatura de protesta.

⁷ Esta fecha es la que inicia el libro a partir de la página 22. En la sección titulada "Preliminares," en la página 13, Sáenz ya documenta su diario con fecha de 23 de febrero.

⁸ El libro está dividido en una "Dedicatoria;" un "Prefacio;" "Preliminares" (una introducción); el cuerpo del diario que inicia el lunes 25 de febrero de 1918 en New Braunfels, Texas, y termina el sábado 21 de junio de 1919 en Alice, Texas; un "Epílogo;" unos poemas/canciones que reconocen la valentía de los

soldados; y una “Lista de Honor” de los soldados México-americanos del sur de Texas que lucharon en la guerra. La obra incluye fotografías de Sáenz y de sus compañeros en uniforme militar. Otras son recortes de periódicos donde aparecen el General John J. Pershing y el presidente Woodrow Wilson, escenas de guerra y postales de ciudades que Sáenz visitó en Europa. También incluye el dibujo de la insignia que dibuja para reconocer a los soldados que lucharon en el Regimiento 360a de Infantería, 90a División.

⁹ Otros soldados notables que señala Sáenz son Luis Rodríguez de Losoya, Texas, Moisés Carrejo de Laredo, Texas, Eduardo Barrera y los hermanos Filomeno y Simón González.

¹⁰ Sáenz trabajó como maestro de escuela primaria antes de ingresar al ejército. Después de la guerra continuará su vida como educador y servidor público por muchos años.

¹¹ Este ambicioso plan parece una visión pre-Tijerina. Reies Tijerina establece una comunidad autosuficiente en Nuevo México, apartada del sistema gubernamental estadounidense. Sáenz no es tan extremista ya que le tiene fe y respeto al gobierno federal. Él sólo quiere tierra para que los soldados tengan algo de recompensa por sus participación en la guerra. En su diario incluye un dibujo de la insignia de esta comunidad.

¹² El concepto de la “herida abierta” es tomado de *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* de Gloria Anzaldúa; la “heterotopía” del ensayo de Alejandro Morales, “Dynamic Identities in Heterotopia,” y el “New World Border” del libro *The New World Border* de Guillermo Gómez-Peña.

¹³ Américo Paredes explora las actitudes negativas que los Texas Rangers tenían de los México-americanos en su celebrado libro *With His Pistol in His Hand: A Border Ballad and Its Hero* (1958). Ver el capítulo primero, “The Country.”

¹⁴ Consistente con el mito de *Aztlán*, Sáenz escribe que esta región pertenecía a la “raza azteca, antiguos pobladores y dueños de toda esta tierra bendita” (53).

¹⁵ Esta conciencia de hablar un español regional se ve al reconocer que habla “un español texano, aprendido de mis hermanos” (67).

¹⁶ Rolando Hinojosa habla del mezquite como “un árbol aguantador como la raza” (221) en *Claros Varones de Belken*. Armando Ibáñez, poeta de San Diego, Texas, usa la imagen del mezquite como símbolo de la inmortalidad del espíritu de su gente. Ver “Mesquites Never Die” en su colección *Mesquites Never Die: A Theology of Poetry* (1993)

¹⁷ Palabras tomadas de *Canto y grito mi liberación (y lloro mis desmadrazgos . . .)* (1971) de Ricardo Sánchez.